



JUAN DE DIOS ARIAS.



JUAN DE DIOS ARIAS

JUAN DE DIOS ARIAS merece un artículo, porque como escritor y periodista satírico ha tenido su gran época, en aquellos días terribles en que la prensa, la tribuna y la guerra eran los múltiples terrenos en que libraban terribles combates los partidarios de la reforma y sus obstinados enemigos, en ese tiempo en que la discordia civil enardecía las ánimos de tal manera, que desde el hogar doméstico hasta el campo de batalla se desconfiaba, se luchaba y se odiaba.

Arias pertenece al partido progresista más avanzado: esta circunstancia por sí sola no constituye un motivo de alabanza, porque todos los partidarios de buena fe son dignos de respeto, cualesquiera que sean sus ideas; el credo político es cuestión de apreciaciones, es una forma de patriotismo, que en último análisis viene á con-

vertirse en la creencia de que por tal camino, mejor que por tal otro, se puede llegar á la felicidad pública, estableciendo el gobierno más adecuado á las tendencias del pueblo, la administracion más conforme á las exigencias nacionales, y una política más conveniente á las costumbres y al modo de ser de una sociedad.

Pero Arias no sólo ha sido un partidario constante y atrevido, en cuyo caso no hablaríamos de él, que la política no nos llama la atención, sino un periodista popular y afortunado, y esto es lo que le hace caer en nuestras manos.

Juan Arias se formó solo, y esto sí es un gran mérito. En México tienen la costumbre todos los que de alguna manera figuran, y que son la rama de una familia pobre, de decir que se han «formado solos,» aquilatando con esto los méritos que han sido parte á su elevación, y buscando siempre algo de ese reflejo fantástico que realza tanto las proporciones de hombres como Nerva, Sixto V ó Lincoln; pero esto generalmente no es más que una vanagloria, y tan vana como la de los que hablan siempre de nobilísimos y distinguidos parientes que, ó no existen ó no tienen con ellos más vínculos que los que reza el entremés de los «Remendones:»

«De que una abuela con otra
«Vienen á ser dos abuelas.»

Se forma solo, un hombre, cuando no cuenta para su

educación con el Estado, con un pariente rico, ó con un generoso protector que le alimente y le dé todo lo necesario; cuando como Rodríguez Puebla, el famoso Rector del Colegio de San Gregorio, niño pobre y desvalido tiene que pedir prestados sus libros á los colegiales para ir durante la noche á estudiar á la luz de los hachones de los puestos de los mercados, trabajando durante el día para ganar el sustento: pero entre nosotros, lo más comun es que el Estado ó el Clero tomen por su cuenta á estos niños desvalidos y sean su Providencia, hasta el día en que obtienen el título de una carrera profesional ó un empleo para ganar la vida. Estos, cuando llegan á hombres, cuando de alguna manera hacen algun papel distinguido en la sociedad, no pueden sin ingratitud, decir que se han formado solos, ni adornarse con la corona del atleta vencedor, porque no han tenido que sostener esa doble y fatigosa lucha por la existencia y por el saber.

Juan Arias desde los trece años de edad necesitó ganar su vida y aprovechar el tiempo del descanso en la instrucción; y notables aptitudes debe poseer cuando ha llegado á distinguirse como periodista y poeta, y aun ocupar una Secretaría de Estado.

Arias redactó un periódico satírico, *La Pata de Cabra*, que tuvo tan gran popularidad, que, pasados ya muchos años, no faltan quienes lo recuerden con gusto. Como historiador, su «Reseña» sobre las campañas del Ejército del Norte, está llena de datos interesantes; y eso que

puede decirse que fué escrita á paso de carga: se creyó necesaria la publicacion de la obra en un tiempo dado, y no hubo remedio; á llenar pliegos y á dar trabajo á la imprenta.

Juan Arias pertenece ya á los veteranos de la prensa: de sus compañeros, de sus contemporáneos en el periodismo, la mayor parte han tomado cuarteles de invierno, y él sigue impertérrito escribiendo ya serio, ya jocoso, segun se le presenta la oportunidad. Durante su vida periodística, ha fundado catorce periódicos, muchos de los cuales han tenido larga existencia, y colaborado en la mayor parte de los que se han escrito en la capital de la República.

En los aciagos dias de la Intervencion, Arias se vió obligado á permanecer una temporada en México, y escribió en dos periódicos republicanos, *La Sombra* y la famosa *Orquesta*. En sus escritos se ve el refljo de la prensa de los tiempos de Pancho Zarco, de Joaquin Tellez, de Alcaraz y de las mocedades de Don José María Iglesias.

Arias se ha distinguido por su honradez; habiendo ocupado elevados puestos, vive ahora en una humilde medianía. Tiene grandes aptitudes que no ha querido aprovechar: es pintor y músico, sin que de esto haya sacado nunca provecho: es uno de esos hombres que no son de este tiempo; por eso la pasa en la oscuridad.

Arias tiene conmigo un punto de contacto que me hace profesarle más cariño: su aficion á la comedia. Breton

de los Herreros es su gran autor; rie con él cada vez que toma una de sus comedias entre manos, y á fe que le sobra razon.

La comedia es el verdadero cuadro de las costumbres en la escena. Si como se ha dicho siempre, el teatro sirve como escuela de moral práctica, encomiando á la virtud y haciendo odioso al vicio, realmente ni el drama ni la tragedia pueden cumplir esta mision. Los vicios que tenemos los hombres civilizados del siglo XIX, no son los que pintan los dramas y las tragedias, salvo casos excepcionales; y por eso no es fácil corregirlos presentando á Valero, á la Cairon, á Arjona, á Catalina, á Vico, ni á Rossi ni á Boot.

¿Quién busca la enmienda en un trilogio de Esquilo, en la Orestiada por ejemplo, y ve á *Agamenon*, las *Keophoras* y las *Euménides* para quitarse la tentacion de matar á su madre, digo, á su propia madre? ¿Quién deja de estar enamorado de una muchacha cuyo padre (como todos) se opone al *trapicheo*, porque ve representar á *Don Álvaro ó la fuerza del sino*? Ni todos los enamorados salen entónces figurándose que van á matar al padre y al hermano y al otro hermano parando por fin en tirarse de cabeza de la torre de Catedral, ó cuando ménos arrojándose en alguno de los barrancos con que el Ayuntamiento tiene adornadas las principales calles de la ciudad.

Pero se dirá: « Hay dramas como *El Gran Galeoto* que pintan las costumbres sociales modernas como ellas son,

y no ocurren á cuadros fantásticos como *La muerte en los labios*, *En el puño de la espada*, ó *La conjuración de Venecia*.» Sobre esto hay mucho que decir, porque realmente, *El Gran Galeoto* lo único que podrá curar será el derecho de juzgar las acciones ajenas, porque los personajes, el desenlace del drama y los episodios, todo está hecho para uso particular del autor, para poderse servir á su gusto, como dicen las recetas de cocina: *caliente y en la propia tortera*.

La comedia crítica y burla, más que crímenes, que no se impiden con versos, costumbres de sociedad y pequeños vicios que, sin ser infracción de leyes divinas ó humanas, molestan al prójimo, como decía el filósofo Heineccio, *más que una arena dentro de un ojo*, y que pueden fácilmente corregirse, con la agudeza de un chiste, con un verso fácil pero significativo, que los espectadores recogen y conservan en la memoria, ó con el nombre de un personaje que viene á ser la representación de aquel defecto.

Dicen los que saben, que la comedia, lo mismo que la tragedia, tienen un origen sagrado; que fiestas y ceremonias religiosas, entre los griegos hicieron nacer la una y la otra. Esto, más fácil es creerlo que averiguarlo; y á ser cierto, podría suceder muy bien que yendo y viniendo siglos, dentro de dos mil años, se escribiera por los sabios de esos tiempos que la ópera, es decir, *Semíramis*, *Norma*, *Aida*, *La Africana* y los *Hugonotes*, tomaron su origen, en el siglo XIX, de las misas cantadas; y la zar-

zuela, desde *Buenas noches Señor Don Simon*, hasta *La bella Elena*, *El Timbal de Plata*, y *El tributo de las cien doncellas*, de las misas rezadas, de los responsos, de los rosarios, ó de muchas otras de las ceremonias de la Iglesia en que el rezo se mezcla con el canto.

Pero no hemos de leer esos comentarios, y por ahora nos contentamos con creer lo que nos dicen de la comedia. A mí, la explicación que sobre esto más me satisface, es la que da Filleul en su *Historia del Siglo de Pericles*; porque además de que está bien apoyado, es quizá el único que se ocupa de la verdadera fuente de la comedia. La comedia nació en los Scómata, que era una especie como de penitencia en los misterios religiosos antiguos: la confesión hecha por el propio pecador estaba en uso, sobre todo en los misterios de Samothracia; el Scomma, era el reproche, la burla que se hacía públicamente al pecador para corregirle. En los misterios de Eleusis, la multitud esperaba á los iniciados al salir, en el puente de Cephisa, para asaltarlos verdaderamente con bromas y chistes picantes, ó con graciosas burlas, á lo que se daba el nombre de *gephyrismos*, y que puede traducirse como *farsas del puente*, según Renan.

En las Thesmophorias, las damas atenienses se echaban en rostro unas á otras sus defectos, pero con tal cuidado, que más que reproches eran chanzas de buen gusto: en las comidas sagradas, los Sparciatas jóvenes tenían que sufrir terribles Scómata; y todo esto se creía un

deber religioso en que debían mezclarse lo jocoso y lo serio. Aristóphanes lo indica claramente en el canto de los iniciados en la comedia de *Las Ranas*, y llegó á haber hasta un premio para el mejor Scómмата, cuya profesion se conoció por scomma ó scopto.

El Kommos era el festin que seguía al sacrificio; los convidados salían en grupos cantando, y este canto se llamaba Kommodia: los cantores recorrían las calles y los senderos en carros, lanzándose unos á los otros, así como á los transeuntes, scómματος más ó menos graciosos. Pero á poco, estas kommodias fueron organizándose por decirlo así, teniendo sus canciones propias, sus recitados, y sus máscaras y sus trajes, y constituyendo una especie de representacion al aire libre. Allí nació la comedia, que no tardó en instalarse en el teatro al lado de la tragedia, siguiéndola, y perfeccionándose como ella, y como ella considerándose también acto religioso é intermedio de las comidas sagradas; porque se comía en el teatro, y dice Filleul, citando á Ulpiano el escolasta de Demóstenes, que se distribuían al pueblo dos óbolos por cabeza para pagar la entrada al teatro; uno destinado al arquitecto, decorador del edificio, y otro para pagar la comida en que se repartían fiambres y vino á los espectadores y á los cómicos.

La comedia antigua, á pesar de su carácter religioso, se ocupaba principalmente en insultar y deshonar á los hombres más prominentes y á los mismos dioses. Hé-

cules y Mercurio aparecen en las comedias de Aristóphanes como borrachos, tragones é interesados.

En *La Paz*, por ejemplo, cuando Trigeo llega al cielo, Mercurio le recibe como portero de Ministerio, y le dice:

MERCURIO (enojado).

¡Por la Tierra! vas á morir si no me dices tu nombre.

TRIGEO.

Soy Trigeo el Atmonense, viñador honrado, enemigo de pleitos y delaciones.

MERCURIO.

¿A qué has venido?

TRIGEO.

A traerte estas viandas.

MERCURIO (cambiando de tono).

¡Oh pobrecillo! ¿que tal, que tal el viaje?

TRIGEO.

Glotonazo, ¿ya no te parezco bribon? Ea, véte á llamar á Júpiter.

En *Las Aves*, Hércules es el que hace el papel de gloton: enviado con Neptuno para hacer un arreglo con Pistétero, fundador de la ciudad de las aves, Neptuno dice:

NEPTUNO.

¡Peste de estúpido! No he visto dios más bárbaro. Dime, Hércules, ¿qué harémos?

HÉRCULES.

Ya lo has oído; mi intención es estrangular, sea el que sea, á ese hombre que nos ha bloqueado.

NEPTUNO.

Pero, amigo mío, si hemos sido enviados á tratar de la paz.

HÉRCULES.

Razon de más para estrangularle.

PISTÉTERO (fingiendo no haberlos visto, y preparando el banquete).

Alárgame el rallador; trae silfo; dame queso; atiza los carbones.

HÉRCULES (dulcificando la voz á la vista de los preparativos culinarios).

Mortal, tres dioses te saludan.

PISTÉTERO.

Lo cubro de silfo.

HÉRCULES.

¿Qué carnes son esas?

PISTÉTERO.

Son unas aves que se han sublevado y conspirado contra el partido popular.

HÉRCULES.

¿Y las cubres primero de silfo?

PISTÉTERO.

¡Salud, oh Hércules! ¿Qué ocurre?

HÉRCULES.

Venimos enviados por los dioses para cortar la guerra.

Pero esto no es más que una ligera muestra; hay rasgos más enérgicos que pintan el respeto que se les tenía á los dioses. En el drama satírico, que era composición muy distinta de la comedia, se extremaba la burla. En uno de esos dramas, que es de Eurípides, Hércules hace un papel admirable: un agricultor le compra por esclavo y le envía á trabajar. El salvaje dios arranca la viña; lleva los troncos sobre sus espaldas hasta la casa; allí con ellos hace fuego para cocer enormes tortas de pan, en las que emplea toda la harina de los almacenes; asa un buey entero, el más grande del establo, y con esto, y con todo el vino que encuentra en las bodegas, almuerza tranquilamente, sobre las puertas de la casa que arranca para hacerse una mesa; y después de haberse hartado, saca de cauce un río y sumerge la granja.

En cuanto á los hombres públicos, como generalmente la comedia, en los tiempos de Aristóphanes, que pueden llamarse la edad de oro del teatro griego, era política y no respetaba la vida pública ni la privada, ni se detenía ante calumnia alguna por abominable que fuese, y presentaba las acciones y los vicios más vergonzosos en un lenguaje tan claro y tan repugnante que avergonzaria á un carretero español, ya se puede suponer cómo serían tratados; y más, recordando que por hábiles artistas se hacían máscaras representando exactamente al personaje que debía salir á la escena; de manera que no podía haber la menor duda de á quién se trataba de herir.

En *Los Caballeros*, por ejemplo, Aristóphanes se propuso insultar y poner en ridículo á Cleon, á Cleon el jefe del Estado y el omnipotente de Atenas. No hubo un artista que se atreviera á hacer la careta, ni un cómico que se resolviera á desempeñar el papel; y sin embargo, se representó la comedia porque Aristóphanes mismo con la cara embadurnada, representó al tirano; y tan clara era la alusion, que el poeta hace decir á Demóstenes, uno de los personajes de la comedia, hablando de Cleon:

«No temas, ni siquiera verás su rostro, pues ningun artista se ha atrevido á esculpir su máscara. Sin embargo, yo aseguro que se le conocerá; los espectadores no son lerdos.»

Y despues por medio de los coros le dirige insultos terribles, como este:

CORO.

«Hiere á ese canalla, enemigo de los caballeros, recaudador sin conciencia, abismo de perversidad, mina de latrocinios, canalla, y cien veces canalla, y siempre canalla, que nunca me cansaré de decírselo, pues lo es más cada día.»

Y más adelante:

CORO.

«¡ Infame, bribon, tu audacia llena toda la tierra, toda la asamblea, las oficinas de recaudacion, los procesos, los tribunales! ¡ Removedor de fango, tú has enturbiado la

limpieza de la República y ensordecido á Atenas con tus estentóreos clamores: tú, desde lo alto del poder, acechas las rentas públicas, como desde un peñasco acecha el pescador los atunes.»

En *Las Nubes*, Sócrates fué la víctima; y como no habia dificultad para conseguir la máscara, el filósofo salió á la escena, como si verdaderamente hubiera sido él, cargado de insultos y de calumnias; pero es una vulgaridad creer que *Las Nubes* de Aristóphanes contribuyeron á la condenacion de Sócrates, porque entre la primera representacion de la comedia y la muerte del filósofo, mediaron veinticuatro años.

Se han perdido muchas comedias de Cratinos, Eupolis, Susarion, Magnes, Ecpántides y otros muchos, y dicen autores muy graves, que era lo mejor del teatro griego en materia de comedias: no hay que creerles; siempre se dice que lo mejor es lo que se ha perdido. Si desaparecieran las novelas de Perez Escrich, los sabios del porvenir vivirian lamentándose de que no habia llegado hasta esas retiradas generaciones la flor y nata de las literaturas del mundo civilizado, desde el siglo xiv hasta el xix.

—¡ Cómo se divaga usted!— dirá algun lector—y yo contesto:

—Tiene usted mucha razon, pero escribo para divagar, y lo peor es que no prometo la enmienda; conque siga usted leyendo, y déjeme disparatar sobre la comedia latina.

Plauto y Terencio, á pesar de que casi todas sus comedias las tomaban del teatro griego, tienen ya mejor acierto en lo que nosotros llamamos *el argumento*; hay más complicación en la intriga, y presenta más interés en su marcha, y aunque hay grandes trozos que no podrían oír sin ruborizarse hasta el blanco de los ojos las damas de nuestro siglo, no imitan esos rasgos de vergonzosas libertades en que abunda la comedia griega. Terencio pretende pasar por algo más aristócrata que Plauto: su lenguaje tenía fama de tan elegante, que llegó á decirse que si las musas hablaran el latín, lo harían como él. Plauto es más llano y ménos cuidadoso; para Terencio, con muy pocas excepciones, todas las gentes son buenas, todos sus personajes, aun las mismas cortesanas, tienen sentimientos delicados; en las comedias de Plauto, hierven los bribones; Terencio conservaba la ilusión del teatro como en la comedia moderna, para que el espectador se figurase estar viendo siempre una escena verdadera; Plauto se divertía en hacerle comprender al público, á cada momento, que aquella era comedia, y los que la representaban cómicos, cortando á cada momento la ilusión del espectador y produciendo indudablemente esa disonancia, esa sensación desagradable que experimentamos hoy en la zarzuela, cuando al terminar un *duo*, un *cuarteto* ó un *septimino*, comienzan los actores á hablar en su voz natural y destemplada.

Pero estas comedias iban directamente á herir las ma-

las costumbres y los vicios sociales que eran de posible corrección. La comedia tiene dos modos de moralizar: el entusiasmo por la virtud, y el odio al vicio por medio de escenas patéticas, de razonamientos elocuentes, de modelos admirables, que hagan amar la una y aborrecer el otro; ó presentando el peligro en el vicio, la tranquilidad en la virtud, el mal que se espera en obrar mal y el bien que se aguarda en obrar bien, es decir, la una es la moralidad en el heroísmo, la otra, en el egoísmo. La especie humana es más gobernable por el último de estos sentimientos, y es el que pone en juego generalmente la comedia, recetando siempre penas como la del ridículo, á vicios y defectos que no llegan á la categoría de crímenes ni de delitos.

Tiene además la comedia la gran ventaja como monumento histórico, de presentar las costumbres de su época y el cuadro de la sociedad, tal como no se han cuidado de pintarle los historiadores, cuando casi siempre hay que ocurrir al fondo de la vida privada y de las costumbres de los hijos de un pueblo, para explicar grandes acontecimientos históricos.

No es posible comprender la sociedad griega, ni la romana, ni tener una idea de sus costumbres, si no se conoce más que á Tucídides, y á Herodoto, y á Xenofonte, y á Platon, y á Aristóteles; á Tito Livio, á Tácito, á Salustio, á Ciceron y á Quintiliano. Platon dijo á Dionisio el jóven, que para que conociese las costum-

bres y las instituciones de Atenas, estudiara las comedias de Aristóphanes.

«Leyendo los historiadores, dice Naudet, podeis ver á los romanos en el foro los dias de comicios ó en los campamentos, al rededor de las águilas de sus legiones; al Senado en la gravedad de su deliberacion, ó con el aparato de su imperiosa majestad, cuando recibe á los embajadores de los pueblos vencidos, ó de los que se prepara á vencer. Pero ¿quereis mirar el *Velabro* con sus tiendas llenas de bribones, ó el paseo de la *Venus clausina*, lugar de cita de todos los hombres distinguidos? ¿Quereis visitar el Foro que hormigüea de gentes ocupadas, de ociosos, de comerciantes, de banqueros, de calaveras de cuarenta años que se arruinan por mujeres que los engañan, y de habladores, que se fastidian unos, y otros se distraen murmurando? ¿Quereis penetrar en el interior de las casas y sorprender á los romanos divirtiéndose con sus queridas, ó disputando con sus mujeres, no cubiertos con las armas ni con la toga *pretexta*, sino en bata, ó en mangas de camisa? ¡Leed á Plauto!»

Su teatro, dice el mismo autor citado, es el suplemento necesario de los libros históricos; es la historia secreta y anecdótica de la vida romana; las memorias de los hombres vulgares, que, sin estar consignados en los anales, dan la medida comun del carácter nacional, del cual son las excepciones los héroes y los hombres ilustres.

Si cada período histórico hubiera tenido en la antigüe-

dad un Aristóphanes, ó cuando ménos un Plauto ó un Terencio, la dificultad para encontrar la explicacion y la clave de muchos acontecimientos, seria menor.

Molière y Breton de los Herreros, con mejor arte y casi con tanta verdad, han pintado las costumbres de sus tiempos; y aunque Molière toma algunas veces el fondo, la idea de la comedia latina para vestirla con el traje frances, y aunque el horizonte que Breton de los Herreros abarca en su teatro es muy limitado, sin embargo, en lo porvenir estas comedias han de ser tan útiles para estudiar la sociedad en que vivieron sus autores, como las de los clásicos griegos ó romanos.

En México apénas se ha hecho caso de la comedia: pocos poetas se han dedicado á presentar nuestras costumbres en escena, y eso, cuantos han acometido la empresa, como Calderon en su comedia *Ninguna de las tres*, Hipólito Ceran en sus *Ceros sociales*, Anievas en su *Valentina*, Juan Mateos en las varias que ha escrito, y otros, ha ido siempre tomando aquellas costumbres que, aunque mexicanas, tienen su certificado de europeas. Un hombre de *calzoneras*, un arriero con su *gabardina* y su *cuera*, un rancharo con su sombrero ancho y su *coton de venado*, ni se han atrevido ni se atreven á presentarlos en el teatro.

Las escenas como las de *A Madrid me vuelvo*, de Breton, que pasan en provincia y en poblaciones pequeñas, aquí no tenemos ni esperanzas de verlas, porque ni hay

valor en los poetas, ni bastante patriotismo en el público para que el teatro represente la plaza de San Juan Ixtayopa, la casa de un comerciante en Maravatío, ó una calle de Moroleon. Los nombres mexicanos, otomís ó tarascos, de las cosas y las poblaciones, y que forman parte de nuestro idioma, se oirian como una profanacion en un teatro donde se representan dramas de Echegaray; y los trajes de los indios y de los rancheros harian reir á una sociedad que no quiere ver en el palco escénico y representando á la clase pobre, sino obreros franceses de blusa y de cachucha, gallegos imaginarios que más bien parecen colonos italianos de los que ha traído el gobierno en estos últimos años, ó majas fantásticas, vestidas como sólo se encuentran en los antiguos cuadros de Goya.

Por eso es imposible la comedia y hasta la novela nacional, y tendrémos que resignarnos leyendo novelas mexicanas en que los *hacendados* hablen como Víctor Hugo, las muchachas de los pueblos como las damas de honor de la corte de Luis XIV, los curas indígenas como Monseñor Bienvenido, y los guerrilleros como Artagnan ó como Porthos. Por eso hemos visto algunas, en que los personajes conversan al rededor de la chimenea en Yucatan, ó en que se sirve el té á la inglesa en Guadalajara, cerca tambien de la chimenea, como si la escena estuviera pasando en Lóndres.

Pero ahora sí ya tendrá razon el que diga que me he divagado completamente, que he olvidado á Juan Arias,

y que si así continúo, no tendré cuándo acabar; pero no encuentro la punta, y para salir del compromiso no me queda más arbitrio que el gran principio táctico del general Bum: cortar y envolver.



CAPILLA ALFONSO SINA

1870

U. A. G. L.